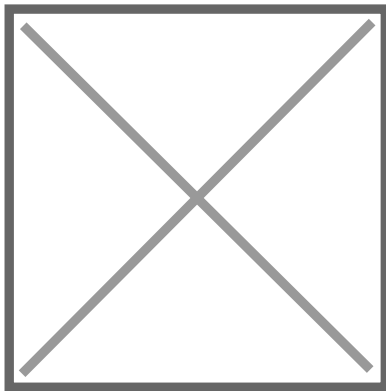




Punto Final 396 (13.6.97) 000148005 MCE 116 Santiago, junio de 1997 21

•L•I•B•R•O•S••L•I•B•R•O•S••L•I•B•R•O•S••L•I•B•R•O•S••L•I•B•R•O•S••

Voy a comenzar por una bolita colorada. Es la única bolita colorada que he ganado en mi vida. Estamos en 1945. El profesor, en la Escuela de Derecho, me examina sobre materias constitucionales. Eran tiempos en que la Constitución de la República no había sido violada, operación que es frecuente en nuestros países llamados latinoamericanos, donde, cosa extraña, no se habla latín. El problema es saber quiénes la violan. Se sabe que con cierta periodicidad la estapan los militares, cuando los civiles han fracasado, o los civiles cuando los militares han fracasado. Mi examen debe haber sido un brillante, que el profesor colocó, sobre la mesa, frente a mí, en una caja, una bolita colorada. De todos los exámenes que en esa escuela rendí, sólo gané una bolita colorada; las otras fueron negras. El profesor se llamaba Luis Quinteros, padre de Elena. No sé por qué lo recuerdo ahora. Cincuenta años no son nada, aunque no sea febril la mirada. El tiempo se extravía, como en el libro de cuentos de Elena Quinteros.

Las personas de mentalidad cariesiana -o sea, los machistas- creen que el mundo está dividido en cuadrantes, o en casacas como en un tablero de ajedrez. Si se critican de que una persona ha muerto, allá ella; se murió en otro cuadrante, y como no es el mío, no importa. Pero toda vida humana nos importa. En las personas, o a través de ellas, está el tiempo, que pasa para nosotros, y para otros está detenido. El tiempo es el mayor sufrimiento que tiene el hombre desde que nació; el tiempo que, como dice el músico francés, Olivier Messiaen, "es la imperfección del hombre, la pena de sufrir en la tierra, y la distancia a que está de la eterna paz del amor de Dios". Cuando alguien habla de eternidad y menciona el tiempo, otro contesta que la eternidad es tiempo sin tiempo, puesto que en ella el tiempo no transurre, aunque sea dinámico. Estas son paradojas que me permiten brevemente penetrar en algunas comarcas del libro de Elena Quinteros.

Para entrar en "Tiempo de adviento" de Elena Quinteros, hay que, por lo menos, salir de "El tiempo extraviado" (1989), donde hay dos cuentos que de alguna manera confirman lo que los físicos piensan de ese misterio. Me refiero a "Deuda saldada" y "La lámpara del anticuario". Esta lámpara hace que todas las cosas que están a su alrededor se desvanecieran cuando surge la luz; luego todas se transfiguran; la lámpara es un niño; todo se une y acaba en las imágenes del cuarto; el espacio se ha dividido en troncos. En "Deuda saldada" los espacios se cruzan; uno se adelanta, mientras el otro retrocede; lo que fue es, como si la muerte se hubiera adelantado en el tiempo. Uno, aquí, es el tiempo extraviado; otro, éste, es tiempo de adviento; no sólo es el primer domingo que celebra la Iglesia de los cuatro que preceden a la Navidad. Adviento es también llegada, para nacer y morir.

Alguien ha dicho, además, que todo el sufrimiento del hombre proviene de nuestro afán por adherirnos a las formas fijas -objetos, personas, ideas- en lugar de aceptar que el mundo se mueve en un incesante cambio. Gira la Tierra, gira el Sistema Solar en torno al centro de la Galaxia; la Galaxia gira en torno al centro de otras galaxias, y éstas giran alrededor de otros centros galácticos perdidos. ¿Cómo estar quietos? Cuando Juan Mendizábal, un personaje de "Tiempo de adviento" observa el movimiento de unos pequeños peces en el acuario, se pregunta: "Era curioso ver cómo cada uno de ellos seguía una ruta propia e invisible que el resto respetaba". El movimiento y el espacio engendran la nostalgia de vidas pasadas, como el recuerdo, por ejemplo, de una luna de miel. Pero no hay un tiempo; hay miles de tiempos. Aquí recuerdo las palabras de William Golding: "...el tiempo no se despliega interminablemente como una hilera de ladrillos. Esa línea recta desde el primer hipo a la última boqueada es una cosa muerta. El tiempo es de dos modos. El uno es pura percepción sin esfuerzo, conatural a nosotros como el agua para el pez. El otro es una memoria, una sensación de revolver dobleces y arrollamientos, de ese día más cercano que aquel por ser más importante, de aquel suceso que refleja éste, o aquellos tres colocados apurte, excepcionales y exitosamente fuera de la línea recta". La niebla de otoño, en el Parque Forestal, borra imágenes y voces que se cruzan con miles de otras voces e imágenes en otro lugar del libro; es decir, los espacios de la memoria con los espacios de lo que ocurrió en esto que llamamos "lo ya visto". Cuando otro personaje queda solo en ciertas ruinas, siente algo insólito; la sensación de haber estado allí, pero como un desconocido y oscuro cantero. Otro que también buscará su tiempo de adviento.

Todos, en el libro, desde los espacios chilenos a los espacios peruanos, pasan por estos tiempos. Y alguno valora el silencio, cuando poco a poco comprende que sólo callando se puede escuchar la voz de Dios.

En este tiempo de adviento, todo es un caminar donde hay caídas, avances y retrocesos. "...acercándose a la ventana, Estela, la pintora, miró hacia el océano. Una bandada de paños marinos volaba presurosa en busca de otras costas donde anidar. Las aves se marchaban como lo hiciera su maestro..."

Todos somos tiempos de adviento y estamos en él. Es decir, tiempos de llegada y de partida. Y me parece que basta con estas reflexiones. Como se sabe, muchas palabras engendran muchos disparates.

MIQUEL ARTECHE

Cuando la literatura se transforma en conversación
[artículo] Carolina Andonie Dracos

AUTORÍA

Autor secundario: Andonie Dracos, Carolina

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando la literatura se transforma en conversación [artículo] Carolina Andonie Dracos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile